

nes, pedía la abolición inmediata de la esclavitud, se insultaba al pobre ministro por su resistencia, se le llamaba traidor á la revolución de setiembre, y se le rodeaba de una muchedumbre que pedía la libertad de los negros y la libertad de Cuba.» Formábanse planes para atraerse á los conspiradores, prescindiendo muchos de estos de la emancipación de los negros, en lo cual empezaban á ver un peligro; excitábanse las pasiones por la heterogeneidad de los elementos que entre sí chocaban, y en aquella lucha de intereses encontrados, se alarmaban los ánimos mas pacíficos, se hacían cada vez mas críticas las circunstancias, bastante poderosas para que Lersundi, cansado y poco afecto á la revolución efectuada en la Península, insistiera en su dimisión, que fué aceptada, reemplazándole Dulce.

El 4 de enero de 1869 arribó á la Habana el nuevo Capitan general, no debiendo quedar muy satisfecho del recibimiento que se hizo al que se había declarado en su poco meditada proclama de despedida en su anterior mando, un cubano mas. Rodearonle todos los reformistas, mostrando algunos muy patrióticos sentimientos; pero no contribuyeron al mejor acierto en la gestión política del general, que necesitaba cuando menos hacer olvidar sus poco meditadas declaraciones. La Habana atravesaba entonces bien críticas circunstancias. La imponente manifestación que se hizo en el entierro del joven Cepeda, y las proclamas tan subversivas como intencionadas que circularon halagando á los peninsulares, consiguieron se apoderara de muchos que tenían acreditada su lealtad, la vacilación y la duda.

A los dos días de encargarse Dulce del mando, dió una alocución á los cubanos, exponiendo el gran sacrificio que hacía, por el estado de su salud, en admitir aquel puesto; que no esquivaba peligros, obstáculos ni responsabilidades, para lograr el bienestar de la isla y asentar el principio de autoridad sobre la base de la equidad y la justicia; que la revolución que había barrido una dinastía y arrancado de raíz la planta venenosa que emponzoñaba hasta el aire que respirábamos, había devuelto al hombre su dignidad, y al ciudadano sus derechos, de los que usarían acudiendo dentro de poco á elegir los diputados que les habían de representar en las Cortes Constituyentes, donde recabarían las reformas que la legislación exigía, las mejoras que la administración reclamaba y los derechos por la civilización conquistados; que insulares y peninsulares todos eran hermanos con una misma religión y un mismo idioma, siendo ya Cuba una de las provincias españolas; que la posesión de los derechos que se les otorgaban constituía la verdadera libertad política de un país; pero si las malas artes la convertían en bandera de insurrección ó en grito de independencia, sería inflexible y duro en el castigo; porque no había libertad sin orden, y quien voluntariamente abandonara el terreno legal con que por vez primera se le brindaba, era un malvado al que debían juzgar los tribunales de justicia; y en nombre de la madre patria les recomendaba la unión y fraternidad, olvido de lo pasado y esperanza en el porvenir.» Al mismo tiempo telegrafiaba al gobierno que los insurrectos no adelantaban, que el espíritu público había mejorado mucho y que ningun cuidado le daban los rebeldes por ser grande su desaliento y cada vez menores los medios de acción de que podían disponer. Lersundi telegrafiaba á su vez que la tranquilidad era perfecta en el departamento occidental de la isla, y en el oriental estaba circunscrita la rebelión á los puntos que hasta allí había indicado.

Podía el gobierno quedar satisfecho con los telegramas anteriores, pero ni á insulares ni á peninsulares satisfizo la proclama; aquellos por lo escaso y vago de las ofertas, y los segundos consideraban excesivo y extemporáneo cuanto se les daba. Publicóse por los primeros una hoja con el epígrafe de independencia, calificando de cantos de sirena las ofertas liberales y demostrando que la paz era imposible y la guerra inevitable.

Si esto no bastaba á Dulce para apreciar con mas verdad la situación en que se hallaba, al tratar de sondearla pudo medir la profundidad del abismo, conocer los tratos de Céspedes con M. Seward para que los Estados-Unidos reconocieran, si no la independencia, la beligerancia al menos de los republica-

nos de Cuba, y enterarse bien de cuanto hacían y se proponían hacer los insurrectos, aunque cometiera Céspedes la inconsecuencia y anomalía de declarar libres los siervos de sus enemigos ó españoles, y decretar la confiscación de los bienes de estos. Así que, á los dos días de haber presentado fácil la sumisión de los insurrectos, pedía 4,000 hombres porque la insurrección reclamaba grandes medios para sofocarla; aunque confiaba conseguirlo con las medidas políticas que sintetizaban las aspiraciones de la revolución: de aquí su apresuramiento á conceder «á todos los *ciudadanos* de la provincia de Cuba, derecho á emitir libremente sus pensamientos por medio de la imprenta, sin sujeción á censura ni á ningun requisito prévio,» y á suprimir las comisiones militares. Las consecuencias fueron aumentarse los denuestos contra España, desatarse los lazos de la obediencia, remover recuerdos irritantes, y efectuarse un desbordamiento que evidenciaba la saña y la ingratitud de los que tan enemigos se declaraban de los hermanos de sus padres, ya que nada quisieran deber á la patria común. La supresión de las comisiones militares permanentes, solo aprovechó á los reos de homicidio, robo é incendio. Tomó parte la mujer en significativas manifestaciones, se concitó la pueril exaltación de los estudiantes para demostrar todos su inconsciente odio á España; y al decreto concediendo amnistía general por causas políticas, y el dilatadísimo término de cuarenta días para presentarse los que estuvieron con las armas en la mano, respondieron en la Habana en el mismo día de su publicación, recibiendo á tiros á los agentes que fueron á sorprender un depósito de armas para los insurrectos.

No por esto desistía Dulce de sus ideas conciliadoras; hasta llegó á enviar comisionados á Céspedes para negociar su sumisión y la de los que le seguían; y los Sres. Correa (D. Ramon Rodríguez), Armas, Tamayo, Fleites, Oro y Vila, divididos en dos grupos, celebraron sendas conferencias con el comité de Camagüey y con Céspedes; animaba á todos buen espíritu, ó demostrábanle al menos, aun cuando en un principio no podía ser mas repulsivo en algunos; se confió en llegar á una avenencia á todos conveniente, pero ocurrió el mismo día el desgraciado fin de Augusto Arango, individuo del comité camagüeyano que de su propia cuenta se dirigió á Puerto Príncipe para acelerar las negociaciones de pacificación, confiando en el salvo-conducto que le facilitó el gobernador de Nuevitas, y fué asesinado en union del parlamentario que le acompañaba. Esto rompió las negociaciones, despidiendo indignado el comité de Camagüey á los comisionados Correa y Tamayo, y Céspedes por conducto de los que le hablaron, contestó á la carta de Dulce que después de aquel inefable suceso (el del asesinato de Arango) ningun patriota cubano se prestaria á tratar con el representante del gobierno español. Aquella muerte fué una gran desgracia, de funestas consecuencias por las transacciones que impidió y la exasperación que produjo.

Envalentonados cada vez mas los enemigos de España, se permitieron las ruidosas demostraciones, ó mas bien escandalosa perturbación del orden público que se verificó por dos noches en el Teatro de Villanueva, y la agresión á los voluntarios desde el café del Louvre, originando el que estos mismos voluntarios, admirados ya de tanta audacia, rechazaran violentamente la agresión y se produjeran en distintos barrios y calles de la población las colisiones que pusieron un límite sangriento entre los peninsulares y los separatistas. La insurrección se presentaba en la misma Habana, con igual iniquidad, con la propia ferocidad que en el campo. Sucedia esto justamente cuando se publicaba la ley electoral, dando á los cubanos el derecho, de que podían disfrutar ampliamente, de enviar 18 diputados que representaran aquellas provincias, exponiendo sus justas quejas, pidiendo las necesarias y debidas reformas, é interviniendo en todos los actos de la administración de la metrópoli.

El elemento mas puro español que no confiaba en las concesiones, empezó á tomar la actitud que correspondía á los decididos defensores de la integridad nacional: amonestó á Dulce para que terminaran sus vacilaciones, origen de tantas desgracias, producidas por el aliento que daba á los separatistas, y le pedían obrara con el rigor que lo crítico de las

circunstancias aconsejaba; pues aunque se había perdido un tiempo precioso, podía ganarse todavía. Pero Dulce estaba ofuscado. En vez de atender tan oportunos consejos, en vez de apoyarse en aquellos españoles tan leales, que tanto sacrificaban, llegó á divorciarse de ellos. Pudieron haber cometido excesos los voluntarios, los cometieron sin duda; pero fueron provocados. Si estaban mal dirigidos, diéralos acertada y prudente dirección, no los denostara: oía otros consejos que no eran patrióticos; indujéronle á grandes errores políticos, y no viendo el elemento español en aquella autoridad la que había de salvar á Cuba, la fué retirando su afecto y hasta su consideración.

Mientras se verificaban los anteriores acontecimientos, el conde de Balmaseda procuraba restablecer la tranquilidad, y hallándose en Manzanillo, abundando también en las ilusorias ideas de conciliación, escribió á los insurrectos de Bayamo para que depusieran las armas, puesto que el gobierno les daba los derechos y garantías que habían pedido. A sus atentas consideraciones, contestaron de una manera tan insolente y agresiva, que sobre producir al general un triste desengaño, debió sufrir mucho su valor y altivez militar, cuando en vez de correr á castigar tamaño insulto y osadía, considerando escasas las fuerzas que mandaba, unos 800 hombres y una batería de montaña, se alejó de aquellos sitios, desembarcando en Vertientes. Se trasladó del departamento oriental al central.

Al dirigirse á Puerto-Príncipe, escribió también brindando con la paz, y procurando interesar á sus amigos para que mediaran con los insurrectos. Todos mostraron los mas patrióticos y elevados sentimientos; pero no eran sinceros ni leales en la mayor parte. Insistió en Puerto-Príncipe en sus trabajos conciliadores, para convencerse á poco de que se estuvo jugando con su credulidad y buena fe; pues sus principales agentes, Argilagos y Napoleon Arango, se le pusieron enfrente, siendo compañeros de armas y fraternizando con los que todo lo aceptaban menos ser españoles.

Resuelto á obrar el conde, marchó á Nuevitas; al llegar confiado al puente de Tomás Pio, montes de Bonilla, recibió una descarga casi á quemarropa que produjo 10 muertos y 30 heridos (1), retirándose los agresores al contestárseles. Recogió Balmaseda sus heridos y siguió su camino, sin mas obstáculo que algun tiroteo insignificante lejano, por lo que destruyó algunas fincas desde donde le hostilizaron, lo cual exacerbo á los separatistas, según mostraron en el lenguaje empleado en sus hojas impresas.

Puerto-Príncipe quedó sin comunicaciones y bloqueado. A falta de tropa se pudo constituir una fuerza de unos 100 hombres de movilizados, para cuyo sostenimiento se reunieron por suscripción cerca de 5,000 duros mensuales, que hubieran sido mejor empleados en formar pequeñas partidas de guerrillas, cual lo exigían las condiciones de aquella guerra, y como las formaron después el general don Simon La Torre, que comprendió en la guerra civil de la Península su utilidad, y Balmaseda. Mas servicios prestaba la ronda de caballería que se organizó en Puerto-Príncipe, para velar por la noche y ejecutar pequeñas algaradas, que otras muchas fuerzas, aunque no por carecer de los buenos deseos que les animaban: bien que estos deseos eran generales, como fué bizarro el comportamiento de los comerciantes y peninsulares que se armaron en muchos puntos: ellos contribuyeron en union de unos 100 soldados á rechazar de Holguín á mas de 3,000 insurrectos, á evitar el completo incendio de la población, de la que mas de 40 casas fueron destruidas por las llamas, defendiéndose desde el 30 de octubre hasta el 6 de diciembre

(1) Aunque el conde escribió lo ocurrido, se dijo al público que «la columna del comandante general tuvo un encuentro con las columnas insurrectas que se encontraban al abrigo de los montes llamados de Bonilla, de los que fueron desalojados por las valientes tropas, causando bastantes número de muertos y heridos y cogiéndoles mas de 50 caballos, gran número de armas, municiones y efectos, teniendo que lamentar por su parte la pérdida de 10 muertos y 30 heridos leves en su mayor número.»

El parte que publicaron los separatistas era aun mas inexacto, y tan fanfarrón como ridiculo

que llegaron tropas, teniendo que lamentar aquellos buenos españoles, el saqueo de sus casas y de los archivos del juzgado y promotoría.

Hechos de esta naturaleza eran frecuentes en algunas poblaciones de los departamentos sublevados, y lo hubieran sido también los encuentros á estar organizada siquiera la persecución de los enemigos. El comandante Lamela, teniente gobernador de Morón, obtuvo un triunfo de valer sobre los insurrectos, y el cubano Acosta con el batallón de voluntarios movilizados del Orden, costeado por el Banco de la Habana, consiguió otro muy importante en el monte de las Yeguas. Como estos triunfos escaseaban, eran mas celebrados por los españoles, que se lamentaban del tiempo tan precioso que se perdía.

Después de una larga estancia en Nuevitas, salió el conde de Balmaseda con un batallón del regimiento de España, dos compañías de San Quintín, los voluntarios movilizados de Matanzas, una batería de montaña y alguna caballería para las Tunas, atravesando victoriosamente por los poblados de Casorro y Guáimaro y potrero de los Dolores: hostilizada su gente por los insurrectos guarecidos tras los parapetos levantados junto al camino, defendidos algunos con cañones de madera durísima fortalecidos con *zunchos* ó aros de hierro, tuvo que sostener una lucha diaria; fué sangrienta la empeñada en la orilla del río Salado, que logró atravesar burlando al enemigo, simulando un movimiento sobre Holguín, para ir por el camino Boajato, hacia el potrero Naranjillo, por donde descendió por la profunda cuenca del río; rehechos los enemigos esperaron atrincherados en *Cauto el paso*, impidiendo á Balmaseda pasar el río, que al fin lo consiguió por otro punto, contribuyendo á ello el valeroso Mendiguren, que despreciando el fuego enemigo cruzó el río y se apoderó de una chalana atracada á la orilla opuesta, desalojando desde ella á los insurrectos de sus parapetos y trincheras; y derrotados en todas partes los separatistas, á pesar de su superioridad numérica y de lo excelente de las posiciones que defendían, en vez de oír la voz del patriotismo, oyeron la de la destrucción. Bayamo iba á ser ocupado por los soldados españoles, y como era el cuartel general de los insurrectos donde hacía tiempo que ondeaba la bandera de *Cuba Libre*, ya que no fueron sus defensores quisieron ser sus incendiarios, aunque no imitando á los saguntinos arrojando á las llamas los objetos de valor, sino robándolos antes y cometiendo los mas criminales excesos. El *Diario de un testigo* dice: «Comenzó el robo: las carretas empezaron á salir cargadas de ricas telas, de valiosas prendas y de muebles: los negros se acuchillaban por una alhaja, sus jefes registraban ávidos las cajas: el desorden y el pillaje imperaban; se estupraban las mujeres; eran atropellados los ancianos; todo eran horrores y el crimen contestaba á las resistencias.» Y añade un escritor bien informado de cuanto entonces sucedió, el señor Zaragoza: «Una comisión de las señoras principales de la ciudad, medio desnudas, acudió en aquellos momentos de angustia á la casa del gobierno á impetrar gracia á los directores del exterminio Mármol, Maceo y Milanés; pero aquellas atribuladas madres y esposas ni siquiera alcanzaron que estos malvados las oyesen, porque embriagados y ciegos por el demonio de la anarquía, ni el tiempo les bastaba para incitar al incendio y al saqueo. No consiguieron tampoco que se les permitiera salir de la ciudad para ampararse de las tropas de Balmaseda, obligándolas, por el contrario, á seguir á sus violadores y á los asesinos de sus esposos y de sus hijos, si no preferían perecer entre las llamas de la inmensa hoguera, levantada por aquellos cobardes para deslumbrar á los soldados españoles que se aproximaban, mientras ellos se valían de su siniestra luz para ocultarse en las espesuras de la manigua.»

También incendiaron el pueblecillo del Dátil, contrastando con este furor destructor la conducta de Balmaseda que dispuso la reedificación de Bayamo, logrando volverian á poblarle, si no todas las familias que habían ido de grado ó por fuerza de los incendiarios, las que estos abandonaban, y algunas, muy pocas, arrependidas.

Crecía el entusiasmo separatista; tres mil partidarios de estos dieron el grito de rebelión en Cinco Villas, destruyendo

el ferro-carril de Cienfuegos y las líneas telegráficas; hubo que restablecer la previa censura y los consejos de guerra, y á la suspensión de las garantías que tan inoportunamente se concedieron, contestaron los laborantes con una proclama á la *gente de color*, en la que se les decía que, si querían ser libres se pusieran de acuerdo, «y á la hora convenida tomad un puñal en vuestra mano, el cual no arrojareis hasta haber castigado á los tiranos: nada de compasión, nada de temor; demostradles que sois hombres por medio de la sangre y del incendio, supuesto que á desesperado mal desesperado remedio, y entonces tendremos el mayor placer en estrechar vuestras manos entre las nuestras.» Céspedes, al mismo tiempo, amnistiaba á los cubanos y extranjeros, así llamaba á los españoles, que se hubiesen acogido al indulto del gobierno, con tal que se presentaran á las autoridades de la república, poniendo en libertad á los procesados que estuviesen sufriendo prision ó condenas por causas políticas.

Considerándose victoriosos los insurrectos, establecieron su cámara de representantes, insistió Céspedes en que los Estados-Unidos reconocieran la república que él presidía, defendida, según decía, por 70,000 hombres en el campo de batalla prestando servicio, organizados y gobernados con todos los principios de la guerra civilizada, con una poderosa escuadra, en posesión de las dos terceras partes del área geográfica de la isla, y con la simpatía de todos los cubanos amantes de la república que declaraba la libertad de conciencia y la independencia individual; y á pesar de los buenos amigos que tenían en Nueva-York, no lograron de Grant ni que se ocupara seriamente de la solicitud de los separatistas, á los que manifestó oficialmente su desden en el discurso presentado ante las cámaras al tomar posesión de la presidencia de la república. Aun hizo mas: dióles á entender que no esperaran su protección, y calificó con el depresivo nombre de *americanos fraudulentos* á los cubanos que después de naturalizarse en los Estados Unidos, admitían en su tierra natal cargos de confianza ó honoríficos cuando la guerra civil ó la conveniencia personal hacían valer su cambio de ciudadanía.

Los crímenes que para mengua de la humanidad se perpetraron á principios de febrero en Mayarí y en Jiguani, cuya población incendiaron las desbandadas hordas de la manigua, repelidas por los valerosos defensores que así consiguieron dominar el incendio, en Baire, que menos afortunado fué reducido á cenizas; la orden que Máximo Gomez comunicó á Figueredo para entregar á las llamas las casas de vivienda, trapiches y maquinaria de los ingenios pertenecientes á los que contribuían al sostenimiento de los voluntarios movilizados de Cuba, destruyéndose así en pocos días propiedades valuadas en mas de 100 millones de reales, y el carácter feroz que los separatistas dieron á la guerra, causas fueron todas que contribuyeron poderosamente á acelerar la constitución del verdadero partido español, y de que conociera el ministro de Ultramar, que tan poéticas ilusiones se había hecho, que no eran derechos políticos lo que se ventilaba en Cuba con las armas, sino cuál había de seguir siendo la nacionalidad de los cubanos. Aun continuaban las vacilaciones de Dulce y sus ilusorias esperanzas, cuando hasta sus medidas de prevision las inutilizaban sus enemigos (1); cuando la actitud del batallón de Ligeros y la de todos los voluntarios debió convencerle de lo errado de su marcha política, y hacer algo mas que dar su alocución del 22 de enero, que si restableció algun tanto la tranquilidad, no era lo que los voluntarios deseaban, ni lo que lo crítico de las circunstancias exigía. No obraban los voluntarios á impulsos de consejos malévolos, como les decía

(1) Al mandar intervenir las líneas telegráficas de los ferro-carriles, por las que se entendían los insurrectos del campo con los de la capital con mas precisión que el gobierno, se valieron de negros apostados á cortas distancias desde el campo de la lucha á la Habana, que de viva voz se comunicaban palabras convenientes entre los insurrectos y los laborantes, poniéndose en mutua inteligencia. De aquí los rumores y las alarmas promovidas por los disidentes cada vez que las tropas españolas sufrían algun revés, pues conociendo ellos el hecho antes que el capitán general, excitaban con las noticias al elemento español, que sufría al ver confirmados todos los sucesos que le anticipaban, quedando deslucida la autoridad.

Dulce, sino inspirados por su españolismo. El mal aconsejado y el mal inspirado era el capitán general que aun escribía al gobierno que «la rebelión cuenta con mas elementos por las condiciones especiales del terreno y el carácter duro de sus pobladores. No me inspira, sin embargo, ningun cuidado; tengo la seguridad de dominarla en un breve plazo.»

Hubiera podido conseguirlo á tener todos los jefes militares la buena fortuna ó el acierto de tropezar con los enemigos y vencerlos, como le tuvo en las fuertes posiciones de Cubitas el brigadier Lesca en su expedición de Nuevitas á Puerto Príncipe; pero estos triunfos eran raros á pesar del buen deseo de obtenerlos y del entusiasmo de los soldados, noblemente excitado por los voluntarios de la Habana, que en cuanto desembarcaban aquellos, les hacían objeto de solícitas y patrióticas atenciones.

Mas bien obligado por los voluntarios, que eran la verdadera expresión de la opinión pública española, que de su propia voluntad, envió Dulce á Fernando Poo á los 250 detenidos en las fortalezas de la Cabaña y del Morro. A presenciar su salida acudió inmenso gentío, de suyo impresionado, mas que por el acto que se ejecutaba, por los rumores que hacía días circulaban anunciando graves sucesos para el día del embarque; así que, el robo de un bolsillo ejecutado por un jóven amuladado, al que empezaron á apalearle los mas cercanos á él, produjo grande alboroto, desfiguró el hecho diciendo algunos que había victoreado á Cuba libre, y un sub-comisario de policía y unos voluntarios pudieron librarle de la multitud que quería matarlo, y se lo llevaron al inmediato cuartel de la Fuerza. Delante de su cerrada verja se apiñó una muchedumbre de marineros, patrones y boteros, dependientes de los muelles y de las tiendas inmediatas, amenazando arrollar la guardia de voluntarios para matar al preso, si estos no le fusilaban inmediatamente. En vano trataron de apaciguarles el gobernador político y el secretario, ofreciendo que se castigaria con arreglo á la ley al detenido si resultaba criminal; acudió Dulce, pudo penetrar en el cuartel por entre aquellas masas que pedían el preso con gritos y mueras á los traidores y á los enemigos de España; preguntó dónde estaba el preso y qué debía hacerse con él; contestó el comandante de voluntarios, Cabarga, que le tenía encerrado en un calabozo, y según la opinión debía ser fusilado desde luego, y conformes con esta opinión los oficiales y voluntarios allí presentes, dijo Dulce á los alborotadores que esperaban en la verja el resultado de aquella corta conferencia, que el reo iba á ser ejecutado en seguida. Uno de los que trasmitieron este acuerdo, añadió que corrieran en busca de un confesor. Muchos corrieron hacia las iglesias mas cercanas, y creyendo las guardias del gobierno político y palacio del general, hostiles aquellas turbas, las hicieron fuego matando á un hombre.

Apaciguada la falsa alarma, é indicada la conveniencia de formar un consejo de guerra verbal para dar un carácter de legalidad á aquel asesinato, regresó el general á su morada en medio de vítores y ruidosas aclamaciones que no tendrían en él la resonancia que los gritos de su conciencia.

Presentóse entonces el jefe de policía que había preso á aquel desgraciado, manifestando que no dió tales voces subversivas, ni hecho otra cosa que robar un bolsillo, que él había recobrado y enseñaba; y aunque el gobernador y el secretario le aconsejaron que lo reservara todo para declararlo en el consejo de guerra, poseído de justa indignación y dejándose llevar de sus sentimientos humanitarios, dijo en medio de los grupos que era *infame matar á un hombre por haber robado un bolsillo*. Un balazo en la cabeza le derribó cadáver. No se supo de dónde salió el tiro, ni se procuró saber.

Constituido el consejo, fueron admitidos á declarar los que de las turbas se ofrecían y protestaban haber presenciado todo el suceso, deponiendo todos contra el preso. Convicto este, aunque no confeso, por embargadas sus facultades, aterrorizado por los golpes que recibió, intimidado, sin conciencia de lo que á su alrededor pasaba, sin voz para defenderse, ni aliento para declarar, ni aun para disculparse, retratado en su semblante el espanto y la estupidez, mal defendido, el consejo unánime, mostrándose cohibido y débil, le condenó á ser

fusilado en el mismo punto donde se suponía cometido el delito; aprobó en seguida el Capitán general la sentencia y con la misma precipitación se ejecutó. Al día siguiente publicó Dulce una proclama, diciendo: «Os he cumplido mi palabra. Os ofrecí justicia y pronta justicia, y la población entera de la Habana ha presenciado ayer uno de esos espectáculos terribles, que no porque estremezcan á la humanidad, dejan de ser necesarios en momentos dados y cuando la traición levanta una bandera de exterminio. Dos desgraciados, instrumentos tal vez de la perversidad de ocultos promovedores de la rebelión, se atrevieron á prorumpir en gritos sediciosos, contraviniendo descaradamente y á la luz del día, las disposiciones que rigen. El uno de ellos, contra el que las pruebas eran palmarias, ha pagado con su vida su loca temeridad (1).»

Rodeada de obstáculos la autoridad superior de Cuba, parecía entregarse en brazos de la Providencia para vencerlos, y algunos sucesos, como el apresamiento del vapor *Comanditario* y la goleta *Mary Lowell*, tan favorables á los españoles como desgraciados para sus enemigos, venían á neutralizar otros adversos, y aun á distraer la atención pública, preocupada por ciertos acontecimientos que aunque parecían sencillos, si no pueriles, como el famoso *entierro del gorrión*, adquirieron grandes proporciones. Obtuvo entonces valiosos triunfos con las armas en la Sigüanea contra los insurrectos del departamento Oriental, y al regresar á la Habana el batallón de artillería que había contribuido á aquella victoria, trayendo una bandera enemiga arrastrándola por el lodo, se le recibió con el mayor entusiasmo. No se desperdiciaba la menor ocasión de demostrarle. Produjo contento la creación de un tercio de la guardia civil y la formación de un batallón de negros. Al saberse que Barcelona enviaba voluntarios catalanes, se prepararon fiestas para recibirlos, el ayuntamiento de la Habana escribió á la diputación provincial de la ciudad catalana una expresiva carta manifestándole su gratitud, y la dedicó una plancha de oro y plata perpetuando el hecho.

Cuando mas contentos parecían estar los separatistas, celebrando la emancipación de los esclavos con banquetes y bailes en los que las amas servían á los que las habían servido y bailaban con ellos, se produjeron rivalidades y divisiones trascendentales. Manuel Quesada, á pesar de sus antecedentes, asumió el mando de las fuerzas separatistas, de lo cual protestaron algunos, y Napoleón Arango protestó «contra los funestos errores en que la revolución había incurrido,» acusaba á la asamblea de «ejercer un despotismo que affigia y destrozaba al país;» preguntando si el pueblo había ganado algo, contestaba: «no, porque hoy está el pueblo mas oprimido que nunca; y si hemos tomado las armas en la mano exponiendo nuestras vidas y bienes para derrocar la tiranía española, ¿consentiremos que se establezca otra peor?»: desvirtuaba á la asamblea, compuesta de cinco miembros que se imponían á todos; calificaba al comité de contrarrevolucionario, y decía de él «que quitaba á los pobres estancieros la poca miel y cera que producían sus colmenas, y valiéndose de la fuerza quitaba el dinero á los cubanos...», causaba vejaciones á los que estaban con las armas, etc.»

Algunos mas triunfos que los obtenidos por Morales de los Rios en el Potrerillo, á donde cayó desde Cienfuegos el 12 de marzo; el apresamiento por la columna de Remedios de 3 cañones, la incesante persecución que hacían algunas fuerzas, y el aumento de estas, hubieran producido admirables resultados para restablecer la paz, á saberse aprovechar mejor tales ventajas, pues se vieron tan acosados los insurrectos, que se presentaban en las poblaciones millares de familias que con aquellos estaban, habiéndolo hecho en Bayamo mas de 4,000. No podían ser de grandes utilidades estas familias á los separatistas, y aunque no les estorbaran no viéndose

(1) Dulce telegrafió al ministro de Ultramar al día siguiente de la ejecución, participando el embarque de los destinados á Fernando Poo, mencionaba el alboroto ocurrido, por haberse provocado con gritos subversivos alguna agitación durante el acto, por lo que habían sido presos dos individuos á quienes se juzgaba en consejo de guerra. Así se engañaba al gobierno y se engañaría á la historia, si no tuviéramos otros datos que los oficiales.

perseguidos, en cuanto lo fueron, eran un grande obstáculo á su movilidad, mas necesaria entonces que nunca, por la activa persecución que sufrían.

Decidido Balmaseda á que fuera mayor, y cansado de la benignidad que había usado, en cuanto recibió algunos refuerzos dirigió una proclama á los habitantes de los campos, que fechó en Bayamo el 4 de abril, en la que decía, entre otras cosas: «Sabeis que he perdonado á los que nos han combatido: sabeis que vuestras esposas, madres y hermanas han encontrado en mí una protección negada por vosotros y admirada por ellas; sabeis tambien que muchos de los perdonados se han vuelto contra mí. Ante estos desafueros, ante tanta ingratitud, ante tanta villanía ya no es posible que yo sea el hombre de ayer; ya no cabe la neutralidad mentida; el que no está conmigo está contra mí, y para que mis soldados sépan distinguíros, oid las órdenes que llevan.—Todo hombre desde la edad de 15 años en adelante, que se encuentre fuera de su finca, como no acredite un motivo justificado para haberlo hecho, será pasado por las armas.—Todo caserío que no esté habitado será incendiado por las tropas.—Todo caserío donde no campee un lienzo blanco en forma de bandera para acreditar que sus dueños desean la paz, será reducido á cenizas.—Las mujeres que no estén en sus respectivas fincas ó viviendas, ó en casas de sus parientes, se reconcentrarán en los pueblos de Jiguani ó Bayamo, donde se proveerá á su mantenimiento: las que así no lo hicieron serán conducidas por la fuerza.» Amedrentó esta proclama á los rebeldes, que no tenían razon en censurarla, porque ellos habían dado á la guerra el carácter de salvaje ferocidad que la distinguía, y una de las muchas pruebas que podríamos presentar es el decreto de Céspedes del 8 de febrero, en el que considerando como enemigo al que no estaba con los separatistas, no solo aplicaba con profusión la pena de muerte, sino que se adjudicaba los bienes de los considerados como enemigos: motivo fué tambien aquella proclama para que buenos españoles, hijos del país, dirigieran á sus paisanos sendas alocuciones aconsejándoles que deputaran las armas al ver lo infructuoso de su insistencia en resistir el poder de España, y aunque se atrajo á muchos desviados, nada se logró con los jefes y principales comprometidos, que seguían dando instrucciones para que «se destruyese por el fuego y por el pico, no solo los pueblos sino las casas fuertes de los campos (2).»

Don José Morales Lemus, que después de haber obtenido la confianza de Dulce, de quien era abogado, y ejercido algun ascendiente, no quiso vivir entre los españoles y marchó á los Estados-Unidos para defender mas abiertamente las ideas separatistas de las que nunca había prescindido, publicó, como presidente que era de la junta central republicana de Cuba y

(2) A tal extremo llegaron los excesos cometidos por algunas fuerzas insurrectas, que uno de sus jefes, el prefecto Joaquín Basulto, escribía de oficio lo siguiente: «Yo creo que nada se perderá y mucho se ganará con que no se repartan los iniciados servicios con esos individuos, porque en todo el vecindario son temidos mas que los enemigos por sus mayores estragos, y considerados como la plaga de la langosta, mas arrasante, ó la mas terrible calamidad que pudiera sobrevenir al territorio; según las frecuentes y multiplicadas quejas que contra ellos cada dia recibo de estos pacíficos vecinos, á quienes roban caballos, bestias de todas clases, cerdos, aves y cuanto ven y encuentran, hasta abriendo lo que está cerrado para sustraerlo, talando y destruyendo aun lo que no les es útil, y ejerciendo, en una palabra, el bandolerismo mas desastroso, y colocando en la mas completa penuria esta comarca á pesar de la buena acogida que en toda ella se les ha dado en el concepto de hermanos, llegando al extremo de pagar con igual ingratitud en las mismas habitaciones ó fincas donde mas cordial y distinguidamente han sido atendidos, y abusando de la facultad concedida á su jefe de quemar las fincas en que pudiera albergarse el enemigo en su aproximación haciéndola extensiva á muchas sin semejantes circunstancias y necesidad, tan solo por antojo y gusto de hacer daño y perjudicar á este vecindario, que se han propuesto sumir en la mas espantosa miseria, hurtando allí mismo después de quemar.»

Céspedes ordenó á Quesada la destrucción de todos los campos de caña en la isla y de la cosecha de tabaco; «pues cuanto mas completa sea la obra de destrucción, tanto mas adelantará nuestra santa causa.... Borremos toda señal de civilización desde el cabo Maisí al de San Antonio con tal que Cuba sea libre.»